



1

Ecología: La hora de la verdad: Introducción

**John Bellamy Foster,
Brett Clark y Richard York**

Es imposible exagerar el problema medioambiental al que se enfrenta la humanidad en el siglo XXI. Hace casi quince años, uno de los autores de este artículo observaba: «Solo nos quedan cuatro décadas para poder controlar los principales problemas medioambientales si queremos evitar un deterioro ecológico irreversible».¹ Hoy que, según el desarrollo temporal que se preveía en aquel momento, aún nos queda un cuarto de siglo, parece que éramos demasiado optimistas entonces. Las pruebas de que ahora disponemos sugieren enérgicamente que, de mantenerse el régimen habitual de prácticas comerciales, dentro de una década tan solo podríamos hallarnos ante un «punto crítico» [*tipping point*] irrevocable en relación con el cambio climático.² Otras crisis, como la extinción de las especies (el porcentaje de especies de aves, mamíferos y peces «vulnerables o en peligro de inmediata extinción»);³ el rápido agotamiento de la riqueza marina; la desertización; la desforestación; la contaminación del aire; la contaminación/escasez del agua; la inminente llegada del pico de producción mundial de petróleo (generadora de nuevas tensiones geopolíticas), y

• Artículo publicado en *MR*, vol. 60, nº 3, julio-agosto de 2008, pp. 1-11. Traducción de Joan Quesada. John Bellamy Foster es editor de *Monthly Review* y profesor de sociología de la Universidad de Oregón (EE.UU.). Brett Clark es profesor ayudante de sociología de la Universidad Estatal de Carolina del Norte. Richard York es coeditor de *Organization & Environment* [Organización y medioambiente], y profesor asociado de sociología de la Universidad de Oregón. Los tres son autores de la obra conjunta *Critique of Intelligent Design: Materialism versus Creationism from Antiquity to the Present* [Crítica del diseño inteligente: Materialismo y creacionismo desde la Antigüedad hasta el presente], Monthly Review Press, 2008.

una crisis alimentaria mundial de carácter crónico, apuntan todas ellas a que el planeta tal y como hoy lo conocemos y sus ecosistemas están tensándose hasta el punto de rotura. A la Tierra y a la civilización humana les ha llegado la hora de la verdad.

Ciertamente, es poco probable que los efectos de la degradación ecológica, por enormes que sean en nuestra época, resulten ser «apocalípticos» para la civilización humana en tan solo una generación, aun manteniéndose las prácticas comerciales habituales del capitalismo. Si se la mide de acuerdo con la duración normal de la vida humana, no hay duda de que falta aún un tiempo considerable antes de que se hagan sentir completamente los efectos de la degradación actual del planeta causada por los humanos. No obstante, mucho más corto es el periodo que nos queda para poder impedir la futura catástrofe medioambiental antes de que esta se nos escape de las manos. De hecho, la creciente sensación de urgencia que invade a los ecologistas tiene que ver con la perspectiva de que se produzcan diversos puntos críticos al sobrepasar distintos umbrales ecológicos esenciales que inauguran la posibilidad de una drástica reducción de la vida sobre la Tierra.

Uno de esos puntos críticos sería, por ejemplo, el deshielo total del Ártico, que podría producirse dentro de dos décadas, o menos aún (algunos científicos creen que puede tener lugar tan pronto como en 2013). Ya en el verano de 2007 el Ártico perdió en una sola semana una superficie de hielo equivalente a casi el doble de la extensión de Gran Bretaña. La desaparición del casquete de hielo del Ártico supone una enorme reducción de la reflectividad (albedo) de la Tierra, con el consiguiente incremento brusco del calentamiento global (una retroalimentación positiva conocida como el «vuelco del albedo» [*albedo flip*]). Al mismo tiempo, la rápida desintegración de las capas de hielo en puntos de la Antártida Oeste y de Groenlandia apunta hacia una elevación de los niveles marinos que amenaza las regiones costeras e insulares.⁴

La situación existente de «emergencia planetaria» con respecto al cambio climático la percibía bien James Hansen, director del Instituto Goddard de Estudios Espaciales de la NASA y destacado climatólogo estadounidense, en 2008:

El planeta, nuestro hogar, está peligrosamente próximo a un punto crítico en el que los gases de efecto invernadero generados por los seres humanos alcancen tal nivel que los grandes cambios climáticos pasen a desarrollarse por su propio impulso. El calentamiento alterará las zonas climáticas debido a la intensificación del ciclo hidrológico, lo que afectará a la disponibilidad de agua dulce y a la salud humana.

Asistiremos a tragedias reiteradas en las costas, vinculadas a tormentas y a la elevación continua del nivel del mar. Las implicaciones son profundas, y la única solución es que los humanos adopten una vía energética esencialmente distinta en el plazo de una década. Si no, será ya demasiado tarde para un tercio de las especies animales y vegetales del planeta y para millones de los miembros más vulnerables de nuestra propia especie.⁵

Según el ecologista Lester Brown en su obra *Plan B 3.0*, «estamos cruzando umbrales naturales que no percibimos y estamos violando plazos temporales que no apreciamos. La naturaleza es la guardiana del tiempo, aunque nosotros no veamos el reloj [...] Estamos inmersos en una carrera entre los puntos críticos de los sistemas naturales de la Tierra y los de los sistemas políticos mundiales. ¿Cuáles de ellos alcanzaremos primero?».⁶ Dado que el reloj continúa avanzando y que son pocos los logros alcanzados, es evidente que los cambios que es necesario hacer son cada vez más inmediatos y de mayor magnitud si queremos evitar el desastre final. Se nos plantea aquí la cuestión del cambio social revolucionario como una necesidad ecológica, además de social.

Y no obstante, si bien cada vez las soluciones requeridas para enfrentarnos al problema ecológico han de ser más revolucionarias, justamente eso es lo que podemos estar seguros de que el sistema social existente no nos va a proporcionar. Lo que el ecologismo actual pretende básicamente es tomar las medidas necesarias para reducir el impacto de la economía sobre la ecología planetaria sin desafiar el propio sistema económico que, con su funcionamiento, genera los inmensos problemas medioambientales a los que hoy en día nos enfrentamos. Fundamentalmente, lo que denominamos «el problema ecológico» es en definitiva un problema de economía política. Incluso los intentos económicos más audaces del *establishment* para hacer frente al cambio climático están muy lejos de lo que es preciso hacer en realidad para proteger la Tierra, ya que la «línea de fondo» que impone sus limitaciones a todo plan concebible dentro del capitalismo no es otra que la necesidad de un crecimiento rápido y sostenido de la producción y de las ganancias.

La economía dominante del cambio climático

La limitaciones que impone la economía a las acciones medioambientales son fáciles de apreciar si atendemos a lo que por lo general se considera el intento de mayor alcance del *establishment* de ocuparse de la *Economía del*



cambio climático [*Economics of Climate Change*], en forma de un monumental estudio publicado en 2007 con ese mismo título, encargado por el Oficina del Tesoro británica.⁷ Con el subtítulo de *El informe Stern* en referencia a su autor principal, Nicholas Stern, ex economista jefe del Banco Mundial, el estudio es reconocido por muchos como el tratamiento más progresista de la cuestión de la economía del calentamiento global realizado por economistas convencionales.⁸ El *Informe Stern* se centra en el objetivo de concentración de equivalentes de dióxido de carbono (CO₂e) en la atmósfera que es preciso perseguir para estabilizar la temperatura media global en no más de 3 °C por encima de los niveles preindustriales. (El CO₂e hace referencia a los seis gases de efecto invernadero de Kioto —dióxido de carbono [CO₂], metano, óxido de nitroso, hidrofluorocarbonos, perfluorocarbonos y hexafluorido sulfuro— expresados todos ellos en su cantidad equivalente de CO₂. Mientras que la concentración de CO₂ en la atmósfera es actualmente de 387 partes por millón [ppm], la de CO₂e es de aproximadamente 430 ppm.)

El objetivo que han propuesto la mayoría de los climatólogos ha sido el de procurar evitar aumentos de la temperatura superiores a 2 °C por encima de los niveles preindustriales, lo que requiere estabilizar el CO₂e atmosférico en 450 ppm. La razón es que, por encima de ese punto, lo probable es que entren en juego toda clase de retroalimentaciones positivas y puntos críticos que conduzcan a una aceleración incontrolable del cambio climático. De hecho, James Hansen y otros climatólogos del Instituto Goddard de Estudios Espaciales de la NASA han afirmado recientemente lo siguiente: «Si la humanidad desea preservar un planeta similar a aquel en que se desarrolló la civilización y al que está adaptada la vida sobre la Tierra, las pruebas paleoclimáticas y los cambios que se están produciendo en la actualidad sugieren que habría que reducir el CO₂ de las 385 ppm actuales a un máximo de 350 ppm».⁹ El *Informe Stern*, empero, se decide por un aumento medio de la temperatura de no más de 3 °C (umbral más allá del cual los efectos medioambientales serían indiscutiblemente desastrosos), lo que estima que sería probable conseguir si el CO₂e en la atmósfera se estabilizara en 550 ppm, aproximadamente el doble de los niveles preindustriales.

No obstante, el *Informe Stern* reconoce que la actual sensibilidad medioambiental «conlleva que exista una probabilidad de hasta uno a cinco de que el mundo experimente un calentamiento superior a los 3 °C por encima de los [niveles] preindustriales si las concentraciones de gases de efecto invernadero se estabilizaran en el nivel actual de 430 ppm de CO₂e». Además, admite a continuación que, «en el caso de que se estabili-

zaran en 550 ppm, la probabilidad de superar un aumento de 3 °C se eleva hasta entre un 30% y un 70%. O, como afirma más adelante, un CO_{2e} de 550 ppm sugiere que existe una probabilidad de 50:50 de que el aumento de las temperaturas se sitúe por encima o por debajo de los 3 °C, y el modelo del Centro Hardley predice un 10% de probabilidad de que exceda los 5 °C, aun si nos mantenemos dentro de ese nivel». Un aumento de 3 °C elevaría la temperatura media de la Tierra a una cota conocida por última vez en el «Plioceno Medio, hace unos 3 millones de años». Además, un aumento así podría bastar, según explica el *Informe Stern*, para desencadenar la paralización de la corriente termohalina que calienta la Europa occidental, lo que provocaría un abrupto cambio climático y, por lo tanto, sumiría a Europa occidental en unas condiciones similares a las de Siberia. Otras investigaciones sugieren que el caudal del río Indo podría disminuir un 90% para el 2100 si la temperatura media global se eleva 3 °C, lo que afectaría potencialmente a centenares de millones de personas. Existen estudios de climatólogos que indican que con 550 ppm de CO_{2e} hay más de un 5% de probabilidad de que la temperatura media global se eleve en más de 8 °C. Todo ello sugiere que el objetivo de estabilización de CO_{2e} en 550 ppm podría resultar desastroso para la Tierra tal y como ahora la conocemos, así como para sus pueblos.

¿Por qué, entonces, si los riesgos para el planeta y la civilización son tan formidables, el *Informe Stern* insiste en el objetivo de mantener el calentamiento global en 3 °C mediante la estabilización de CO_{2e} en 550 ppm (lo que en cierto momento se describe como «el límite superior de la franja de estabilización»)? Para responder a esta pregunta será necesario atender a algunos hechos adicionales de naturaleza más económica.

Resultará útil señalar aquí que un nivel de concentración atmosférica de 550 ppm de CO_{2e} se alcanzaría para el año 2050 si las emisiones de gases de efecto invernadero se mantuvieran simplemente en los niveles actuales, sin experimentar ningún aumento en los años intermedios. Sin embargo, como apunta el propio *Informe Stern*, eso es poco realista si se mantienen las prácticas comerciales actuales, ya que es de esperar que las emisiones de gases de efecto invernadero continúen creciendo y describiendo «una rápida trayectoria ascendente». De ahí que, partiendo de supuestos más realistas, es plausible pensar que ese nivel de CO_{2e} atmosférico de 550 ppm se alcanzaría para 2035. Eso incrementaría la amenaza de llegar a las 750 ppm de CO_{2e} (o más) y tener una elevación de la temperatura media global que supere los 4,3 °C en escasas décadas tras ese momento. (De hecho, entre los escenarios previstos por el Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático [IPCC] se

cuenta la posibilidad de que el carbono atmosférico alcance las 1.200 ppm y la temperatura media global ascienda tanto como 6,3 °C para el año 2100.)

Para contrarrestar ese escenario de mantenimiento de la actividad comercial como hasta ahora, el *Informe Stern* propone un régimen de estabilización climática en el que las emisiones de gases de efecto invernadero alcanzarían su nivel máximo para el año 2015 y, posteriormente, disminuirían un 1% anual para estabilizarse en 550 ppm de CO₂e (con una notable probabilidad de que el aumento de la temperatura media global se mantuviera así en 3 °C).

Sin embargo, dados los ingentes peligros, ¿por qué no pretender mayores recortes de las emisiones de gases de efecto invernadero, un nivel menor de CO₂e atmosférico y un menor aumento de la temperatura media global? Después de todo, la mayoría de los climatólogos ha reclamado la estabilización del CO₂e atmosférico en 450 ppm o menos, para mantener el aumento de la temperatura global en 2 °C por encima de los niveles preindustriales. Por su parte, Hansen y sus colegas del Instituto Goddard de la NASA han ido aún más lejos recientemente y sostienen que el objetivo debería ser las 350 ppm de CO₂.

El *Informe Stern* es muy explícito, no obstante, en que no debería intentarse mitigar el problema de una forma tan radical. Los costes para la economía mundial de asegurarse de que el CO₂e atmosférico se mantuviera en los niveles actuales o por debajo de estos serían prohibitivos y desestabilizarían el propio capitalismo. «Las vías que exigen recortes muy rápidos de las emisiones», se nos dice, «es poco probable que sean económicamente viables». Si las emisiones de gases de efecto invernadero alcanzaran su cota más alta en 2010, la tasa anual de reducción de emisiones necesaria para estabilizar el carbono atmosférico en 450 ppm sería del 7%, según el *Informe Stern*, y las emisiones caerían por debajo de los niveles de 2005 para el año 2050. Eso se considera económicamente insoportable.

Por eso, el escenario que favorece el propio *Informe Stern* es, tal y como indicábamos, el de un objetivo de 550 ppm que contemplaría que el techo de emisiones se alcanzara en 2015, con subsiguientes reducciones de emisiones a una tasa del 1% anual. Según ese escenario, para el año 2050 la reducción del nivel total de emisiones (con respecto a los niveles de 2005) sería tan solo del 25%. (El informe contempla también, aunque con menor entusiasmo, un objetivo intermedio de 500 ppm, con techo en el 2010 y que exigiría un recorte del 3% anual de las emisiones globales.) Solo un objetivo de 550 ppm es verdaderamente viable, sugiere el *Informe Stern*, porque «es difícil asegurar recortes de emisiones de más de un 1% anual,



excepto en casos de recesión» o como consecuencia de un gran convulsión social, como fue el colapso de la Unión Soviética.

En realidad, el único ejemplo real que pudo encontrar el *Informe Stern* entre los países capitalistas avanzados de recorte sostenido anual de un 1% o más de las emisiones de gases de efecto invernadero en un contexto de crecimiento económico fue el del Reino Unido en la década de 1990-2000. Gracias al descubrimiento de petróleo y gas natural en el mar del Norte, el Reino Unido pudo pasar de forma masiva del carbón al petróleo como fuente de generación de energía, lo que produjo una caída media del 1% anual en sus emisiones de gases de efecto invernadero durante esa década. Francia estuvo próxima a ese descenso del 1% anual entre 1977 y 2003, y redujo sus emisiones de gases de efecto invernadero en un 0,6% anual debido a la adopción masiva de la energía nuclear. A mucha distancia, la mayor reducción en un gran Estado fue el 5,2% de descenso anual de las emisiones de gases de efecto invernadero en la antigua Unión Soviética en el periodo 1989-1998. Sin embargo, tal reducción fue acompañada del desmoronamiento de un sistema social y de una drástica contracción de la economía. Todo eso apunta a que una reducción de las emisiones de CO₂e superior al 1% aproximadamente haría casi imposible mantener un fuerte crecimiento económico, la base de la economía capitalista. En consecuencia, para mantener en marcha la rueda de molino de las ganancias y la producción, el mundo debe arriesgarse a sufrir un Apocalipsis medioambiental.¹⁰

La acumulación y el planeta

Nada de eso debería sorprendernos. Desde su nacimiento, el capitalismo, tal y como escribió Paul Sweezy en «Capitalism and the Environment» [El capitalismo y el medioambiente], ha sido «un gigante movido por la energía concentrada de individuos y pequeños grupos que perseguían resueltamente sus propios intereses, detenidos tan solo por la competencia mutua y controlados a corto plazo por las fuerzas impersonales del mercado y, a largo plazo, cuando el mercado falla, por devastadoras crisis». La lógica interna de un sistema así se manifiesta en forma de un incesante impulso hacia la expansión económica en nombre de las ganancias de clase y la acumulación. La naturaleza y el trabajo humano se explotan en grado máximo para alimentar a ese gigante, mientras que la destrucción que se inflige a ambos se externaliza para no recaiga sobre el propio sistema.

«Implícitos en la noción misma del sistema», proseguía Sweezy, «se encuentran unos impulsos entrelazados y enormemente poderosos de cre-

ación y destrucción. Por el lado positivo, el impulso creador guarda relación con lo que la humanidad puede obtener de la naturaleza para uso propio; por el lado negativo, el impulso destructor incide con gran dureza sobre la capacidad de la naturaleza para responder a las demandas que se le hacen. Antes o después, claro está, ambos impulsos se mostrarán contradictorios e incompatibles». La sobreexplotación por parte del capitalismo del grifo de recursos y el sumidero de residuos de la naturaleza acaba produciendo el resultado negativo de socavar ambos, primero en una escala meramente regional pero, más adelante, en la escala mundial e incluso planetaria (hasta afectar al propio clima). Para hacer frente de verdad a las crisis medioambientales hace falta «revertir, y no meramente ralentizar, las tendencias subyacentes de los últimos siglos». Sin embargo, eso no se puede hacer sin un cambio del régimen económico.¹¹

Ahora que el cambio climático ha pasado a ser cada vez más una preocupación del *establishment* y que los intentos para combatirlo están cada vez más institucionalizados en el orden del *establishment*, hay quien ha señalado la «muerte del ecologismo» como movimiento de oposición de la sociedad.¹² Sin embargo, aunque algunos ecologistas han evolucionado hacia estrategias basadas en el capitalismo con la vana esperanza de salvar el planeta con tales medios, otros lo han hecho en la dirección contraria: hacia una crítica del capitalismo como sistema inherentemente destructivo desde el punto de vista ecológico. Un caso de este tipo es el de James Gustave Speth. De Speth se ha dicho que era el «gran representante del sistema» dentro del movimiento ecologista. Fue presidente del Consejo de Calidad Medioambiental con el presidente Jimmy Carter; fundó el Instituto de Recursos Mundiales; cofundó el Consejo para la Defensa de los Recursos Naturales; fue asesor de primer rango del equipo de transición de Bill Clinton, y administró el Programa de Desarrollo de las Naciones Unidas de 1993 a 1999. En la actualidad, es decano de la prestigiosa Escuela de Estudios Medioambientales y Forestales de Yale. Speth ha obtenido el Premio Planeta Azul japonés.

Sin embargo, recientemente, en su obra *Bridge at the Edge of the World: Capitalism, the Environment, and Crossing from Crisis to Sustainability* [Un puente en el borde del mundo: capitalismo, medioambiente y el paso de la crisis a la sostenibilidad] (2008), Speth se ha revelado como un crítico feroz de la destrucción capitalista del medioambiente. Con este radical replanteamiento, ha escogido enfrentarse a todos los peligros que ocasiona el sistema económico actual con su búsqueda de crecimiento y acumulación a cualquier precio. «El capitalismo, tal y como lo conocemos hoy», escribe, «es incapaz de preservar el medioambiente». El problema clave



desde la perspectiva ecológica es, en su opinión, el crecimiento económico exponencial, que es el elemento impulsor del capitalismo. Es poca la esperanza a este respecto que puede proporcionarnos la llamada «desmaterialización» (la idea de que el crecimiento puede conllevar un impacto cada vez menor sobre el medio), ya que es posible mostrar que la expansión de la producción desborda todo aumento de la eficiencia en el procesamiento de materias y energía. Por eso, la única conclusión posible es que «ahora mismo [...], el crecimiento es enemigo del medioambiente. La economía y el medio siguen en colisión». En este punto, el tema del capitalismo resulta inevitable. «El crecimiento económico es el principal y máspreciado producto del capitalismo moderno». Speth cita positivamente la obra de Samuel Bowles y Richard Edwards *Understanding Capitalism* [Entender el capitalismo], que sostén rotundamente: «El capitalismo se diferencia de otros sistemas económicos por su impulso hacia la acumulación, su predisposición al cambio y la tendencia inherente hacia la expansión».

Así pues, para Speth, el principal problema medioambiental es el capitalismo como «sistema operativo» de la economía moderna. «A las empresas actuales se las ha llamado “máquinas de externalización”». De hecho, «existen dentro del capitalismo diversos sesgos que favorecen el presente por encima del futuro y lo privado por encima de lo público». Al citar a los propios defensores del sistema Robert Samuelson y William Nordhaus, en la décimo-séptima edición (2001) de su manual *Macroeconomics* [Macroeconomía], Speth señala que el capitalismo es la «economía despiadada» por antonomasia, dedicada «a la búsqueda sin tregua de ganancias».

A partir de esa crítica, Speth concluye a continuación en su obra que: (1) «el sistema de economía política actual, al que aquí nos referimos como capitalismo moderno, es destructivo para el medioambiente, y no de un modo poco significativo, sino de forma que amenaza profundamente el planeta»; (2) «las sociedades ricas han alcanzado, o pronto alcanzarán, el punto en el que, en palabras de Keynes, el problema económico ha quedado resuelto [...], ya tenemos suficiente para todos»; (3) «en las sociedades más ricas, el capitalismo moderno ya no mejora el bienestar humano»; (4) «el movimiento social internacional de cambio (autodenominado como “el irresistible ascenso del anticapitalismo global”) es más fuerte de lo que muchos imaginan, y se volverá aún más fuerte; existe una coalición de fuerzas: paz, justicia social, comunidades, ecología, feminismo; es un movimiento de movimientos»; (5) «personas y grupos están sembrando afanosamente las semillas del cambio mediante toda una diversidad de disposiciones alternativas y, además, se han identificado también otras vías atractivas para pasar a un nuevo sistema operativo mejorado»; (6) «el fin de la



Guerra Fría [...] abre la puerta [...] al cuestionamiento del capitalismo actual».

Speth no abraza de hecho el socialismo, que él asocia, al estilo de la Guerra Fría, con las sociedades de tipo soviético en su forma más regresiva. Por lo tanto, lo que defiende explícitamente es una alternativa «no socialista» al capitalismo. Dicho sistema utilizaría los mercados (pero no la sociedad de mercados autorregulados del capitalismo tradicional) y fomentaría un «nuevo mundo de sostenibilidad» o un «mundo verde social» (también llamado «ecocomunalismo») tal y como lo describe el Grupo sobre Escenarios Globales (Global Scenario Group). Es este un escenario que se ha identificado con pensadores radicales como William Morris (quien se inspiró tanto en Marx como en Ruskin). En este sentido, los argumentos de Speth no están muy lejos de los del movimiento socialista del siglo XXI, que persigue como valores centrales la justicia social y la sostenibilidad ecológica. El objetivo es crear un futuro en el que las generaciones venideras puedan utilizar sus capacidades creativas en toda su potencia y, a la vez, tengan las necesidades básicas cubiertas: un resultado que solo es posible mediante una reorganización racional del metabolismo humano con la naturaleza efectuada por productores asociados.¹³

Dicha reorganización racional del metabolismo entre la naturaleza y la sociedad no sólo debe tener como objetivo el cambio climático, sino también toda una diversidad de otros problemas medioambientales. De algunos de ellos se ocupa la presente entrega: la geopolítica del pico de producción de petróleo (John Bellamy Foster), la producción de biocombustibles como combustibles líquidos alternativos y sus consecuencias (Fred Magdoff), la economía del cambio climático (Minqi Li), la ciencia del cambio climático (John W. Farley), la crisis oceánica (Brett Clark y Rebecca Claußen), el problema de las grandes presas (Rohan D'Souza) y la gran crisis mundial del agua (Maude Barlow). Sin embargo, hay otras crisis ecológicas de gran calado de las que no nos ocupamos en este volumen: la extinción de especies (y la pérdida de biodiversidad en general), la desforestación, la desertificación, la degradación de los suelos, la lluvia ácida, la proliferación de residuos tóxicos (también en tejidos vivos), la biotecnología regulada por el mercado, la congestión urbana, el crecimiento de la población y los derechos de los animales. Por sí sola, ninguna de esas cuestiones transmite la profundidad y la amplitud de lo que denominamos «el problema medioambiental», que comprende todas esas contradicciones ecológicas de nuestra sociedad y más. Si hoy nos enfrentamos a la «hora de la verdad» en materia de ecología, esta guarda relación con toda la gama de efectos del capitalismo sobre la reproducción natural (y humana). Todo intento de



JOHN BELLAMY FOSTER, BRETT CLARK Y RICHARD YORK • 39

resolver uno de esos problemas (como, por ejemplo, el cambio climático) sin ocuparse de los demás es probable que fracase, ya que todas esas crisis ecológicas, aunque sean distintas en diversos aspectos, normalmente comparten unas causas comunes.

En nuestra opinión, solo una visión unificada, que contemple la producción humana como un fenómeno no solo social, sino enraizado en la relación metabólica con la naturaleza, aportará la base necesaria para hacer frente a la fractura metabólica que, ahora mismo, es tan amplia como el planeta. Esa visión unificada está implícita en los artículos que se incluyen en esta entrega. En una segunda entrega especial de *Monthly Review* dedicada a la ecología (concebida como complemento de este volumen), nos ocuparemos más explícitamente de los aspectos políticos de esta lucha.

¿Por qué no?

En 1884, William Morris, uno de los grandes artistas creativos, intelectual socialista revolucionario y pensador ecologista de finales del siglo XIX, escribió un artículo titulado «¿Por qué no?» para la publicación socialista *Commonweal*. Le preocupaba especialmente el hecho de que la mayoría de las personas, incluidos muchos socialistas de su época, al rebelarse contra los males del capitalismo, tendían a imaginarse el futuro en unos términos no muy distintos de los peores aspectos, los más destructivos para el medio ambiente y los seres humanos, del propio capitalismo.

Morris observaba:

Ahora, con el actual sistema capitalista, es difícil ver nada que pueda detener el crecimiento de esos horribles campamentos de ladrillo; la tendencia es, sin duda, a despojar el campo y las pequeñas poblaciones en beneficio de los grandes centros comerciales y de manufactura. Pero ese mal, y se trata de un mal monstruoso, ya no será un mal necesario cuando hayamos acabado con el monopolio de la tierra, con la fabricación para beneficio de algunos individuos y con el estúpido derroche de la distribución competitiva.

Morris sostenía que, si mirábamos más allá del «terror y los agotadores trabajos» que oprimían a la mayoría de las personas, existía la necesidad de reconocer otros fines de la existencia social, sobre todo, «el placer de la vida que deben esperar los socialistas». Morris se preguntaba:

¿Por qué un tercio de Inglaterra tiene que estar tan asfixiado y envenenado por el humo que en la mayor parte de Yorkshire (por ejemplo) la idea generalizada debe

de ser que las ovejas son negras por naturaleza? ¿Y por qué los ríos Yorkshire y Lancashire tiene que arrastrar mera inmundicia y tintes?

La ganancia hace que así sean las cosas: nadie finge ya que no resultaría fácil evitar tales delitos contra la vida decente. Pero los «organizadores del trabajo», a quienes sería mejor llamar «organizadores de la inmundicia», saben que no les compensaría. Y como estos pasan la mayor parte del año a salvo en sus residencias de campo, o cazando (contra la vida de los campesinos) en las Highlands, o navegando en yate por el Mediterráneo, más bien les agrada el aspecto del país del humo para variar, como algo que, se supone, les estimula la imaginación con respecto a... Bueno, mejor será que no nos pongamos teológicos.

Al rechazar todo eso, Morris preguntaba si no era posible crear una forma de vida más decente, más bella, más satisfactoria, más sana, menos infernal, en la que todos participaran al «compartir la tierra de nuestra Madre Común» y se pusiera punto y final a ese sórdido mundo de ganancias mediante la explotación. ¿Por qué no?¹⁴

Notas

1. John Bellamy Foster, *The Vulnerable Planet*, Monthly Review Press, Nueva York, 1994, p. 12. Esta previsión de cuatro décadas estaba basada en los escritos del Worldwatch Institute: Lester R. Brown *et al.*, «World Without End», *Natural History*, mayo de 1990, p. 89, y *State of the World 1992*, Earthscan, Londres, 1992, pp. 3-8.
2. James Hansen, «Tipping Point», en E. Fern y K. H. Redford (eds.), *The State of the Wild 2008*, Island Press, Washington D.C., 2008, http://pubs.giss.nasa.gov/docs/2008/2008_Hansen_1-pdf, pp. 7-15. Véase también James Hansen, «The Threat to the Planet», *New York Times Review of Books*, 13 de julio de 2006. El argumento relativo a los puntos críticos de cambio climático se entiende mejor en el contexto de una serie de fracturas biosféricas provocadas por el sistema de acumulación económica. Véase al respecto Brett Clark y Richard York, «Carbon Metabolism and Global Capitalism: Climate Change and the Biospheric Rift», *Theory and Society* 34, nº 4, 2005, pp. 391-428.
3. Lester B. Brown, *Plan B 3.0*, W.W. Norton, Nueva York, 2008, p. 102. La proporción de especies amenazadas era en 2007 del 12% de las especies de aves del mundo; el 20% de las especies de mamíferos del mundo, y el 39% de las especies de peces del mundo evaluadas. Véase Asociación Internacional para la Conservación de la Naturaleza (International Union for the Conservation of Nature, IUCN), *IUCN Red List of Threatened Species*, tabla 1, «Numbers of Threatened Species by Major Groups of Organisms», <http://www.iucnredlist.org/info/stats>. Además, el cambio climático está teniendo una incidencia significativa sobre la diversidad vegetal. «Estudios recientes predicen que el cambio climático podría provocar la extinción de hasta la mitad de las especies vegetales del mundo para fines de siglo». Véase Belinda Hawkins, Suzanne Sharrock y Kay Havens, *Plants and Climate Change*, Botanic Gardens Conservation International, Richmond (R.U.), 2008, p. 9.
4. David Spratt y Philip Sutton, *Climate Code Red*, Friends of the Earth, Fitzroy (Australia), 2008, <http://www.climatecodered.net>, p. 4; Brown, *Plan B 3.0*, p. 3; James Hansen *et al.*,



- «Climate Change and Trace Gases», *Philosophical Transactions of the Royal Society* 365, 2007, pp. 1.925-1.954; James Lovelock, *The Revenge of Gaia*, Basic Books, Nueva York, 2006, p. 34; Minqi Li, «Climate Change, Limits to Growth, and the Imperative for Socialism», en esta entrega; «Arctic Summers Ice-Free “by 2013”», *BBC News*, 12 de diciembre de 2007.
5. Hansen, «Tipping Point», pp. 7-8.
 6. Brown, *Plan B 3.0*, pp. 4-5. Aunque Brown describe correctamente la gravedad del problema ecológico, como estudioso convencional del medioambiente insiste en que todo se puede llevar fácilmente a buen puerto sin alterar materialmente la sociedad gracias a una combinación inteligente de soluciones tecnológicas con la magia del mercado. Véase más adelante el artículo de Minqi Li.
 7. Nicholas Stern, *The Economics of Climate Change: The Stern Review*, Cambridge University Press, Cambridge, 2007. (Traducción española: *El informe Stern: La verdad del cambio climático*, Paidós, Barcelona, 2007.)
 8. El *Informe Stern* ha sido objeto de las críticas de muchos economistas convencionales conservadores, entre ellos William Nordhaus, por sus opciones éticas que, según sostienen, ponen demasiado énfasis en el futuro en oposición a los valores actuales, al adoptar una tasa de actualización de costes y beneficios futuros mucho menor que la de otros estudios económicos más estándares como el del propio Nordhaus. Así, otorga mayor urgencia al actual problema medioambiental. Nordhaus actualiza el futuro a una tasa del 6% anual; Stern, a menos de una cuarta parte de esta: el 1,4%. eso significa que, para Stern, un billón de dólares dentro de un siglo vale 247.000 millones de hoy en día, mientras que, para Nordhaus, son solo 2.500 millones de dólares. Nordhaus ha dicho que el *Informe Stern* es una «revisión radical de la economía del cambio climático» y lo critica por imponer «unas reducciones excesivamente cuantiosas a corto plazo». John Browne, «The Ethics of Climate Change», *Scientific American* 298, nº 6, junio de 2008, pp. 97-100; William Nordhaus, *A Question of Balance*, Yale University Press, New Haven, 2008, pp. 18, 190.
 9. James Hansen *et al.*, «Target Atmospheric CO₂: Where Should Humanity Aim?», resumen del artículo enviado a *Science*, http://pubs.giss.nasa.gov/abstracts/submitted/Hansen_etal.html (consultado en mayo de 2008). Antes aún de eso, Hansen y sus colegas del Instituto Goddard de la NASA sostienen que, debido a las retroalimentaciones positivas y a la existencia de unos puntos críticos, era preciso mantener el aumento de la temperatura media global en menos de 1 °C por debajo de los niveles del año 2000. Eso significaba que había que mantener los niveles de CO₂ en 450 ppm o menos. Véase Pushker A. Kharecha y James E. Hansen, «Implications of “Peak Oil” for Atmospheric CO₂ and Climate», *Global Biogeochemistry*, 2008, http://pubs.giss.nasa.gov/abstracts/inpress/Kharecha_Hansen.html.
 10. Stern, *The Economics of Climate Change*, pp. 4-5, 11-16, 95, 193, 220-234, 637, 649-651; «Evidence of Human-Caused Global Warming is Now “Unequivocal”», *Science Daily*, <http://www.sciencedaily.com>; Browne, «The Ethics of Climate Change», p. 100; Spratt y Sutton, *Climate Code Red*, p. 30; editores, «Climate Fatigue», *Scientific American* 298, nº 6, junio de 2008, p. 39; Ted Trainer, «A Short Critique of the Stern Review», *Real-World Economics Review*, p. 45, 2008, <http://www.paecon.net/PAEReview/issue45/Trainer45.pdf>, pp. 54-58. A pesar de que el *Informe Stern* presenta el cambio de Francia a la energía nuclear como un caso de éxito para los gases de efecto invernadero, existen poderosas razones medioambientales para no seguir por ese camino. Véase Robert Furber, James C. Warf y Sheldon C. Plotkin, «The Future of Nuclear Power», *Monthly Review* 59, nº 9, febrero de 2008, pp. 38-48.
 11. Paul Sweezy, «Capitalism and the Environment», *Monthly Review* 41, nº 2, junio de 1989, pp. 1-10.

12. Michael Shellenberger y Ted Nordhaus, «The Death of Environmentalism», Environmental Grantmakers Association, octubre de 2004, http://www.thebreakthrough.org/PDF/Death_of_Environmentalism.pdf.
13. James Gustave Speth, *The Bridge at the End of the World: Capitalism, the Environment, and Crossing from Crisis to Sustainability*, Yale University Press, New Haven, 2008, pp. xi, 48-63, 107, 194-198; Samuel Bowles y Richard Edwards, *Understanding Capitalism*, Oxford University Press, Nueva York, 1985, pp. 119, 148-152. Sobre el Grupo sobre Escenarios Globales (Global Scenario Group), véase John Bellamy Foster, «Organizing Ecological Revolution», *Monthly Review* 57, nº 5, octubre de 2005, pp. 1-10. Sobre la sostenibilidad ecológica, el socialismo clásico y la crítica de Marx a la fractura metabólica con respecto a la naturaleza, véase Marx's *Ecology*, Monthly Review Press, Nueva York, 2000 (trad. española *La ecología de Marx: materialismo y naturaleza*, El Viejo Topo, Mataró, 2004).
14. William Morris, «Why not?», en Morris, *Political Writings*, Thoemmes Press, Bristol, 1994, pp. 24-27